

Del sin-sentido de la educación al síntoma educativo

Abraham Martínez González¹

Resumen:

A través de una indagación documental, damos cuenta en el presente trabajo de la posición que tiene la educación frente a la problemática que le representan los niños y adolescentes que a pesar de las condiciones óptimas para la educación, no logran aprender, es más, representan un obstáculo complejo que podemos categorizar como un sin-sentido en tanto no se entiende desde la mirada institucional y normalizante, es decir, ¿cómo es que aún con las condiciones educativas dadas, no hay indicios importantes de estar llevando a cabo una educación de calidad como se versa en el discurso?

De tal manera, que se ofrece una perspectiva diferente para entender y atender las problemáticas que suceden en las aulas escolares, una perspectiva ofrecida desde la relación que puede suponer el psicoanálisis frente al acto educativo, donde se verá la relevancia que tiene la representación sintomática del sujeto, en tanto es desde esa posición donde algo está denunciándose.

Palabras clave: sin-sentido, educación, síntoma educativo, medicalización, deseo

El sin-sentido educativo

Más allá de las reformas educativas, más allá de las islas donde cada docente hace esfuerzos para que sus alumnos aprendan, más allá de infraestructuras completas o adecuadas, más allá de las Tic's, más allá de las buenas intenciones con las que incluso

¹ Psicoanalista, miembro de *Espacio Analítico Mexicano* (EAM), Maestro en psicología educativa con perspectiva psicoanalítica, docente de secundaria y del Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación (IMCED), así como docente en la Facultad de Psicología de la UMSNH; Correo electrónico: amsto77@gmail.com

padres de familia se ocupan de las tareas de sus hijos, lo que encontramos muchas veces son contra sentidos a los fines de la educación.

Es decir, algo no va bien con la educación, los alumnos no aprenden más o mejor, cuando tienen todo el escenario propicio e ideal para que el aprendizaje o el fomento de los buenos valores se desarrollen.

En el rubro de la deserción escolar en nuestro país, se han contabilizado alrededor de un alarmante 10% de aumento en comparación con el sexenio pasado (INEGI, 2018). Por su parte, la violencia escolar es registrada y visualizada por 3 de cada 10 docentes frente a grupo, lo cual coloca a México con el nivel más alto de violencia escolar entre las naciones que conforman la OCDE (Revista Proceso, 2014).

Estas manifestaciones problemáticas solo por mencionar algunas, pero que innegablemente nos conducen a identificar una especie de *sin-sentido* en el campo de lo educativo. Sin-sentido que a la vez nos ofrece la oportunidad de visualizar de otra manera los problemas que suceden en la escuela, los cuales desde nuestra perspectiva, o no se saben atender o lo que es peor, se rechazan, generando mayores complicaciones que a la larga resultan aún más difíciles de comprender e intervenir, como pueden ser ciertas manifestaciones de violencia en las escuelas -por ejemplo en los conocidos juegos de reto en las secundarias, donde se pone el adolescente al filo de la muerte-.

Ante tal escenario, el psicoanálisis se presenta como una lámpara en medio de la oscuridad. La escena, el llamado acto educativo parece estar representándose desde las sombras, donde cada actor –alumno, maestro y saber-, no pueden dar cuenta de su actuación como de su función frente al otro actor. Veamos entonces, qué puede decir el psicoanálisis al respecto, primeramente esclareciendo el significado de síntoma para posteriormente vincularlo con el campo educativo.

El síntoma en psicoanálisis

El psicoanálisis en este contexto nos ofrece una noción interesante al respecto del sin-sentido de la educación, nos referimos a la noción de *síntoma* con el cual Freud (1895),

desde sus primeros trabajos y consecuentes descubrimientos, da cuenta de ciertas formaciones reactivas en el sujeto que como dice, lo desgastan energéticamente, dejándolo en un estado de cansancio cuando no de hastío.

Definamos entonces primeramente al síntoma en su lectura freudiana para posteriormente, apoyarnos en la lectura que Lacan hace del mismo. Para Freud (1895) el síntoma en su primera definición, es una *formación reactiva* que puede entenderse como una reacción ante una conflictiva inconsciente, es decir, que el padecimiento viene a sustituir al material inconsciente reprimido, el cual no es otro que ciertos deseos que no pueden ver la luz de la realización.

Lo que señala además es que con tal formación sustitutiva, el sujeto que padece la enfermedad no se escapa de cierta ganancia secundaria por lo que resulta importante respetar hasta cierto grado al síntoma, pues es gracias al mismo que el paciente junto con el analista logran el des-ciframiento del sujeto; es algo que puntualizaremos más adelante con Lacan.

Posteriormente, en la 17ª Conferencia (*El sentido de los síntomas*, 1916/7) dirá el mismo Freud:

Los síntomas neuróticos tienen entonces su sentido, como las operaciones fallidas y los sueños y, al igual que éstos su nexa con la vida de las personas que los exhiben (p. 235).

Lo cual equivale a decir que un síntoma es una determinación inconsciente, al igual que el sueño, el chiste, el lapsus, etc. Dichas formaciones del inconsciente son las vías de acceso a la verdad del sujeto, a su deseo.

Hasta aquí, tenemos al síntoma como una reacción esperada ante el poderío de la represión, es decir, la represión que hace de su presa a la representación inconciliable con la conciencia, le sigue, por consiguiente, la formación de una enfermedad que logra en cierta medida, conciliar al sujeto con sus propias manifestaciones inconscientes. Como podemos leer, se trata de una concepción fundada en una lógica-mecánica bastante definida donde el sujeto parece ser solamente un receptáculo de un acontecer psíquico del cual poco o nada

sabe, en otras palabras, el síntoma inaccesible como tal, posiciona al sujeto frente a una realidad de la cual no sabe, pero la sufre, y en ese sentido, resulta destinado al sufrimiento, víctima pues de una funesta orquestación.

Será hasta la lectura que hace Lacan (*R.S.I.*, 1974), donde se considera que el síntoma es invariablemente como el sujeto goza de la existencia: ahí donde el sujeto dice sufrir existe también un goce, algo se disfruta del padecimiento, de otra forma no es posible entender la persistencia del sujeto con su síntoma.

Lo que apunta a que la experiencia de goce del sujeto respecto a su síntoma no es otra cosa más que el goce de lo inconsciente, lo cual significa algo trascendental en la lectura lacaniana a la noción de síntoma: gracias al síntoma y su nexo con lo inconsciente, el sujeto puede acceder, dar cabida y por lo tanto, de alguna suerte dar satisfacción al material previamente reprimido, es decir, darle salida.

Cuando se creía, en la lectura clásica freudiana, que lo reprimido, es decir, lo inconsciente se mantenía a distancia en el sujeto, viene Lacan a puntualizar que no sucede exactamente así, que de hecho en el propio nexo que se establece entre el sujeto y su síntoma, con su posterior ilación al inconsciente, se produce cierta recapitulación de lo reprimido.

Entonces, no es tan reprimido como se cree, no es tan inconsciente como se estilaba, puesto que metafóricamente el síntoma permite al sujeto transitarse en los deseos reprimidos y gozar de ellos, por supuesto, sin saber que lo hace, y es ahí donde se ubica el problema, es ahí donde adviene el desgaste de energía como decía Freud, cuando el sujeto lo que identifica es una especie de cuerpo extraño del cual no puede dar cuenta, al puro estilo ominoso de una posesión demoníaca.

Sin embargo, de acuerdo a la experiencia clínica, el síntoma ha de respetarse en el sentido de que éste se ofrece no sólo como vehículo de goce para el sujeto y por lo tanto de satisfacción de los deseos reprimidos, sino que además y de mayor importancia, que éste se presenta en efecto, como un jeroglífico que demanda el desciframiento.

Es la mirada que ofrece el psicoanálisis diríamos, tomar al síntoma no como algo acabado – porque realmente no termina de reconfigurarse en el goce del sujeto-, algo terminado, sino

como un ofrecimiento, una demanda de atención, de escucha que está a la espera de alguien que pueda responder a cierta pregunta que se enmarca en el padecimiento. Tal pregunta es el *Che voi?*, el *¿qué me quiere?* Pregunta dirigida al Otro, es decir, la Cultura, los referentes primarios del sujeto, etc. Mannoni (1967) a este respecto afirma que, el síntoma incluye al sujeto y al Otro, es decir, que entre los dos existe una relación fundada bajo el signo del síntoma, y por lo tanto, es hacia el Otro al que está dirigida la pregunta que codificada, ofrece el síntoma.

El supuesto papel de la educación

Se dice acerca de la educación que ésta debe cumplir con cuatro funciones principales: la función conservadora, socializante, transformadora, y represiva. Conservar la cultura, procurar la socialización del sujeto, transformar la sociedad y en última pero no menos importante, reprimir las fuerzas agresivas del sujeto. Como vemos, la educación juega un papel esencial en lo referente al sujeto y su relación con la cultura, de tal forma que se entiende, al menos en esta perspectiva cultural conservadora, que de no ser por la educación, el sujeto y por consiguiente la misma cultura estarían destinados a la desaparición.

Desde la perspectiva del psicoanálisis, la función más importante de la educación estriba en la de ocupar el lugar del objeto perdido, lo que quiere decir, que la educación está en un lugar primordial donde ante el hueco que deja la pérdida del objeto de deseo, ésta, la educación se ofrece como la cosa con la que el sujeto puede vérselas en tanto su falta y su deseo. Estamos pues, ante la primicia del lugar que le corresponde a la educación, la de conservar efectivamente a la cultura, pero también la de transformarla en tanto se hace cargo de un sujeto que consiste en un ser que transita subjetivamente de un estado ontológico a otro, y es desde ahí que surge la creatividad, pensemos en la sublimación como esa propuesta que nos adelantaba Freud (1930) en *El malestar en la cultura*, es decir, trabajo intelectual, cultura en el buen sentido de la palabra.

Sin embargo, lo que parece visualizarse en mayor medida en lo referente a las funciones de la educación es la función represiva, resulta ser a lo que se le otorga un grado más alto de

importancia. Como señalaba Freud (1907), en *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*, la educación debe estar para reprimir lo menos posible, no tiene caso pensar en una educación sin represión, algo de eso debe existir para mantener a flote la regulación de la pulsión, no así su inhibición.

Lo que encontramos en muchas escuelas son manifestaciones violentas por parte de niños y adolescentes ante la acometida de la represión excesiva. Son los excesos de la represión, de las fuerzas represoras las que conducen a la manifestación violenta podríamos asegurar. Tenemos el ejemplo en la película de Alan Parker (1979) *The Wall* inspirada en la música entrañable de Pink Floyd donde ese exceso de represión, ese plus de represión diríamos, produce un excedente de malestar el cual por cierto, una vez conformado, es difícil de regular, y entonces sobrepasa al propio sujeto llevándolo a instancias donde se hace casi imposible un trabajo de intervención.

En este sentido, se producen en lugar de soluciones, problemáticas más complejas que devienen en la instauración de protocolos generalizantes y homogeneizadores que se olvidan completamente de la subjetividad, de la originalidad del sujeto.

En otras palabras, la educación institucionalizada tiende a la normalización para intentar controlar a los actores del acto educativo. Se trata de control social, y a la educación se le ha encargado tal papel, el cual por cierto a través de sus agentes los maestros, ha aceptado sin más miramientos, trayendo consecuencias graves que se dejan ver en la falta de interés por aprender, por parte de los alumnos.

¿Cómo va a tener interés, deseo de aprender, de poner atención un adolescente que lee entre líneas, en el discurso de su maestro, que el interés del propio maestro está colocado en las normas y en las actividades oficiales, las que sólo han sido aceptadas institucionalmente pero que no le corresponden al adolescente?

Y entonces lo que sucede es de graves consecuencias: se pasa de los protocolos generalizantes de intervención ante los actos transgresores de los alumnos a la tarea de controlar. Porque se controla lo que sale de la norma, en la escuela diríamos, se intenta por todos los medios controlar lo que se sale de la butaca, el cuerpo que no está quieto, el cuerpo que no está bien portado. Y aquí habrá que escuchar atentamente el discurso,

portarse bien. ¿Qué significa portarse bien? ¿O portar qué, qué tiene que portar el cuerpo para ser aceptado?

Entonces el fenómeno represivo y de control no queda ahí, lo más preocupante es que en tiempos actuales ante la idea de controlar todo, se insta cada vez más a maestros e incluso padres de familia a medicalizar a los niños y adolescentes. Una cosa es medicar cuando hay un padecimiento real, concreto, adecuadamente diagnosticado, y otra es que se medique sin mayores miramientos, sin estudios, sólo por el hecho de tranquilizar los cuerpos, como nos enseñara Foucault al respecto de la historia de la sexualidad y de los cuerpos sexuados, los que no se están quietos.

Una vez que se medicaliza –se trata de toda una ideología-, se instala en las escuelas pero también en los hogares, un síntoma social, el de los jóvenes agresivos, el de los niños hiperactivos; se pasa de la posible regulación del goce de los jóvenes y niños al odio al goce que ellos se procuran.

No sabemos qué hacer con ellos, se dice sobre los adolescentes; los niños de hoy son hiperactivos, dicen otros. Son discursos que encierran una inversión identificatoria, donde en lugar de identificarlos como sujetos a un lenguaje propio y su posible desciframiento, se les identifica como síntomas sociales, a los cuales por consiguiente se necesita controlar.

De ahí que se sostiene la observación freudiana al respecto de los maestros cuando aseguraba que, para desarrollar un trabajo cultural con los alumnos, que se produzca la transferencia necesaria que mantenga el vínculo educativo, es imprescindible que los profesionales de la educación se analicen para des-centrar lo propio de lo ajeno.

Lo anterior representa la posibilidad de que a través de un análisis, de acuerdo a la propuesta freudiana, el profesional logre hacer a un lado lo que le es suyo en tanto problemáticas personales y las que son propias de sus alumnos. Con esto se asegura de alguna manera que muchos profesionales cargan a sus alumnos de sus propios ideales, de sus propios fantasmas, asfixiándolos y obligando lógicamente a que los alumnos rechacen lo que les es ofrecido. Ese es el sentido del rechazo escolar, de las reprobaciones, de la poca o nula atención en clase; estamos pues ante el sentido del sin-sentido.

El síntoma educativo

La propuesta del psicoanálisis es siempre otra, corre en otro sentido, no en el sin-sentido, pero tampoco en las direcciones que ordena la institucionalización y el control social. En este caso, el psicoanálisis coincide en el respeto y aceptación del síntoma del sujeto particular para poder acercarse a ciertas verdades, es decir, a la representación simbólica del deseo, y en ese tenor, dentro de los fines de la educación debe estar presente la urgencia y preocupación constante por darle un lugar a la representación simbólica y cultural de lo reprimido.

Para lograrlo, Hebe Tizio (2003) invita a no sólo saber escuchar los problemas de los alumnos, esa sería una tarea imposible. Más allá de un simple gesto de atención y cortesía, de lo que se trata es de que por medio de ciertas prácticas educativas, de la adecuación de las mismas, el alumno pueda representar sus deseos, sus miedos, sus preocupaciones.

Para ello, se hace necesario que se busque la sintomatización de los alumnos, no la medicalización, que sostiene el discurso médico científico y generalizante. Es decir, facilitar experiencias de aprendizaje donde el alumno pueda representar en el juego o en la palabra, precisamente su conflictiva de la cual no es consciente pero que goza.

Ahora bien, para sostener al síntoma y convertirlo en un síntoma educativo, porque es ahí donde se presenta, el maestro debe tener en cuenta como se ha dicho infinidad de veces que la educación en sí misma es imposible, en tanto una pulsión ingobernable. Y en otro sentido, que la educación no puede por ningún motivo creer que puede hacerse cargo de todo, menos de controlar al sujeto.

Lo importante es sostener como decíamos, la función, el lugar que ofrece la escuela, como el espacio de transición diría Winnicott (1971), al respecto de las constantes transformaciones del sujeto. Y ese lugar esta dado sobre todo, por el papel del maestro en tanto se le supone un saber. Y si al maestro se le supone un saber, esto significa que ese maestro tiene un deseo, ¿cuál deseo? Se trata del deseo de aprender, el deseo de hacer cultura, y por lo tanto, de validarla.

Un niño puede gustar de la lectura cuando percibe en su maestra que a ella le encantan los libros. Una adolescente se verá atraída por las artes cuando escucha la pasión con la que su maestro habla de obras de arte y de los artistas. En suma, que la transferencia no es solamente de afectos como se dice comúnmente, un saber se transfiere siempre y cuando dicho saber esté enmarcado, contenido en el deseo del propio maestro.

El maestro como agente de la educación, como elemento indispensable, posee un saber siempre y cuando lo desee primero en él, si no, de otra forma no se entiende de dónde pueda surgir la pasión por enseñar. Ese maestro es el que cuida y respeta la cultura, la promueve, pero también está atento a sus transformaciones, no se queda estancado en la perpetuidad de una cultura ideal.

Será desde esa posición, la de un maestro que desea previamente lo que enseña, donde se pueda escuchar las diferentes manifestaciones inconscientes de los alumnos puestas en los síntomas que representan. Nos parece que son ese tipo de maestras y maestros los que además, se interesan por descifrar la problemática que les ofrecen sus alumnos, al más puro estilo de un misterio, un enigma. Hablamos del maestro que desea desentrañar el enigma que le representa un alumno que no puede aprender. Ahí coloca su deseo, ahí le da tránsito. Y es una postura ética en el sentido de hacerse cargo, responsabilizarse de su deseo y por consiguiente del enigma que le representa el alumno.

Referencias bibliográficas:

- Freud, Sigmund (1895/2012), *Estudios sobre la histeria*, En Tomo II, Argentina: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1907/2012) *La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*, En Tomo IX, Argentina: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1917/2012), *El sentido de los síntomas*, En Tomo XV, Argentina: Amorrortu.
- Freud, Sigmund (1930/2012), *El malestar en la cultura*, En Tomo XXI, Argentina: Amorrortu.

- INEGI (2018), *Asistencia escolar*, revisado el 15 de julio de 2018 en: <http://cuentame.inegi.org.mx/poblacion/asistencia.aspx?tema=P>
- Lacan, Jacques (1974), *El seminario, Libro 22, R.S.I.*, Argentina: Paidós.
- Parker, Alan [Director] (1979), *The Wall* [Película], Reino Unido, USA: MGM.
- Revista Proceso (2014), *México con el más alto nivel de violencia entre estudiantes*, revisado el 15 de julio de 2018 en: <http://www.proceso.com.mx/375686/mexico-con-el-mas-alto-nivel-de-violencia-entre-estudiantes-ocde>
- Tizio, Hebe (2003), *Reinventar el vínculo educativo: aportaciones de la pedagogía social y el psicoanálisis*, España: Gedisa
- Winnicott, Donald (1971), *Realidad y juego*, España: Gedisa.